

El filósofo Rafael Carrillo

GONZALO CATAÑO¹
Universidad Pedagógica Nacional

Resumen

Este trabajo ofrece un boceto biográfico de Rafael Carrillo, el primer director del Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia. Expone por primera vez el desarrollo de su obra y el contexto histórico-social que circundó su labor docente y organizativa. Se ha puesto especial cuidado en el uso de fuentes primarias que sirvan para futuros estudios sobre el desarrollo de la filosofía en Colombia.

Abstract

This paper offers a biographical sketch of Rafael Carrillo, the first director of the *Instituto de Filosofía y Letras* of the National University of Colombia. It expounds for the first time the development of his work and the social and historical context that surrounded his educational and organizational achievements. Special care has been taken to consult firsthand sources that may be useful for future investigation on the development of philosophy in Colombia.

1

Como todos los que no fueron sus alumnos, conocí al filósofo Rafael Carrillo en los cafés bogotanos. Allí pasó los mejores momentos de su vida. Todos los días, salvo que estuviera enfermo, llegaba al establecimiento, se sentaba en el lugar más discreto —nunca en el centro de la sala—, pedía un café y abría las páginas del diario. Arribaba entre las diez y las once de la mañana y se retiraba hacia la una para almorzar en un restaurante barato. Después se dirigía a su morada para no abandonarla hasta el día siguiente. El café era la ocasión de aproximarse a los demás, de hacer amigos, intercambiar ideas y discutir sobre libros, autores y temas del momento; fuera de él apenas tenía amigos.

Mi encuentro con Carrillo tuvo lugar en 1976 a través de su alumno y colega Rubén Sierra Mejía. Se acercaba a los setenta años y todavía ofrecía un curso en la Universidad Nacional. Por aquella época había afinado sus cuarteles en la cafetería del *Hotel Continental* de la avenida Jiménez con la carrera cuarta, un sitio que recordaba la elegancia bogotana de los años cincuenta. Los libros y la murmuración académica nos unieron y a poco establecimos una afinidad que duró por cerca de quince años. Nunca nos tuteamos. El “Rafael” sólo le estaba permitido a sus compañeros de generación y a sus colegas más viejos del Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Siguiendo la tradición de lejanía y respeto de los medios pedagógicos, nuestros intercambios siempre estuvieron precedidos del consabido *profesor*.

¹ Sociólogo. Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional. Autor de *La sociología en Colombia* (1986, seg. edición 1993), *Educación y estructura social* (1989) y *La artesanía intelectual* (1995).

Su vida privada era un misterio. Nunca se hizo a una vivienda propia, y como los estudiantes de provincia, siempre vivió en pensiones y apartamentos modestos desprendidos de una antigua casa. Sus muebles y enseres eran mínimos. Un escritorio, una silla y un taburete; una mesa de noche y algo de *toilette* y cocina. A ello se sumaba la ropa, una vieja máquina de escribir y un aparato de radio que llenaba sus escasas exigencias musicales. Nada de televisión ni de cuadros en las paredes. Con los años fue acumulando, sin embargo, una biblioteca personal que bien puede hoy superar los siete mil volúmenes.

Carrillo compraba libros sobre los más diversos campos de las ciencias humanas. Filosofía en primer lugar, después historia de la cultura, derecho, sociología, literatura y algo de política. La economía y los temas colombianos le eran completamente ajenos. Le apasionaba Grecia, Roma y la Edad Media, y tenía especial predilección por la ciencia como dimensión de la cultura. En su biblioteca se encontraba lo mejor de la filosofía, la historia y la sociología de la ciencia publicado en español en los últimos treinta años. Siguiendo el ejemplo de Ortega y Gasset, su principal mentor a distancia, conservó a lo largo de su vida un gran interés por el impacto de los descubrimientos científicos en el pensamiento moderno. Sabía que del diálogo ciencia-filosofía se había desprendido un campo fructífero para la especulación y la teoría del conocimiento: la epistemología. A ello consagró varios trabajos durante los años treinta y cuarenta, y su discurso de apertura del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional en 1946, llevaba el significativo título de “La Filosofía como espacio de las ciencias”. En sus páginas evocó la tarea prioritaria de los filósofos de nuestro tiempo: discutir los fundamentos del conocimiento científico, el saber más seguro y de mayores consecuencias prácticas. Allí recordó a su auditorio que el estudio de la filosofía llenaba un vacío en la universidad, institución dedicada a la mera transmisión de competencias particulares ligadas con el ejercicio profesional. Contra estos saberes aislados y de carácter práctico y utilitario, el legado de Platón y Aristóteles ofrecía una perspectiva de integración y síntesis. Y contra lo que muchos creían, la reflexión filosófica no se limitaba a los resultados de las ciencias de la naturaleza. También incluía las disciplinas dedicadas al estudio del hombre —la historia y la sociología—, las ciencias del espíritu de Wilhem Dilthey, el “Hegel de la edad contemporánea”.²

Carrillo tenía una fama algo sórdida entre sus colegas. “Parece un personaje extraído de una novela de Balzac”, apuntó en una ocasión un antiguo profesor de la Universidad Nacional. La soledad, los secretos, la misoginia y la estrechez y frugalidad de su vida alimentaban esta percepción. Era muy severo con sus gastos y tenía una fe inusitada en las bondades del ahorro hasta rozar la avaricia. Excepto la compra liberal de libros, los consumos de la gran ciudad le eran

²Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos* (Bogotá: Universidad Santo Tomás, 1986), p. 230. Supuestamente, este volumen contiene las “obras completas” de Carrillo.

extraños, y su larga vida estuvo colmada de negaciones. No bebía ni fumaba, no iba a fiestas y mucho menos las propiciaba, no frecuentaba el cine, no tomaba vacaciones, no conocía los restaurantes de calidad y no asistía a conciertos a pesar de su declarado interés por la música clásica. El pequeño radio de su dormitorio parecía colmar su encogida afición por los compositores alemanes. Nunca se casó y nadie tuvo noticia de que hubiera sido novio alguna vez. Su relación con las mujeres fue pobre y no parece haberles permitido ir más allá de la intimidad del contacto físico. Consideraba el matrimonio y sus frutos un enemigo soterrado del trabajo intelectual. “Muchas vocaciones filosóficas — afirmaba— se han frustrado a causa de los hijos y de las demandas del hogar”. Por la comidilla del Departamento de Filosofía y Letras, siempre circuló una historia relacionada con los consejos de Carrillo a un joven colega. Le encarecía llevar un estricto control de sus gastos personales: tanto para transporte, comida, vivienda, ropa, libros y *burdel*. “Y recuerde —agregó—, si usted descuida este último rubro, podría estar en peligro de contraer nupcias”.

Pero si los colegas eran muy dados a estereotipar sus conductas, él no se quedaba atrás con sus afilados apuntes. Salvo unos pocos nombres en los cuales encontraba una acerada disciplina intelectual y una inquebrantable vocación académica, en la mayoría de los profesores universitarios sólo hallaba al filisteo, al espíritu vulgar y al simple simulador de cultura interesado en medrar y alcanzar prestigio. Un ejemplo que le gustaba mencionar era el de su contemporáneo Abel Naranjo Villegas. Estimaba que sus “inquietudes” culturales eran sólo un barniz que servía para cubrir y dar brillo a una inclinación ajena a la filosofía. Sus verdaderos objetivos eran la política, los puestos y los aplausos fáciles y tornadizos de la prensa local. El mismo Nieto Arteta, a quien no apreciaba como filósofo y aún menos como pensador, no se salvaba de sus dardos. “Nieto —me dijo en una ocasión— era muy dado a los cargos oficiales. Se ahogó en la burocracia y no tuvo ninguna repercusión en la universidad”. Con Séneca y Abelardo sostenía, que “no es en ratos perdidos que podemos entregarnos a la filosofía: debe olvidarse todo para dedicarse a ella. Nunca será suficiente el tiempo que se le consagre. Abandonarla un instante, es abandonarla completamente”.³

2

Los logros intelectuales de Carrillo están asociados con el azar, la contingencia y los esfuerzos personales. Nació en 1907 en el corregimiento de Atánquez, una aldea mestiza y pobre de la Sierra Nevada de Santa Marta a 44 kilómetros de Valledupar, que años después sería objeto de un prolijo estudio por parte de dos

³Pedro Abelardo, “Historia *calamitatum*”, en *Cartas de Abelardo y Heloisa* (Barcelona: José J. Olañeta, Editor, 1982), p. 55.

prestigiosos antropólogos sociales.⁴ Su padre era un pequeño propietario de la tierra venido de Riohacha con alguna vinculación con Valledupar. Pertenecía al grupo acomodado de la aldea dividida en dos secciones: la “bajería” y la “ribería”. La primera, la plaza, la parte plana del poblado, donde el señor Carrillo tenía su casa, era considerada a comienzos de siglo la sección “civilizada” de la comunidad. Allí se encontraban la iglesia, la escuela parroquial, las tiendas, las oficinas públicas y las moradas de los criollos. La segunda, la ribería, la parte inclinada de la aldea, con casas de paja al lado de senderos y caminos de herradura, estaba habitada por la población de más claro fenotipo indígena. El joven Carrillo aprendió a leer en la escuela de la misión capuchina de Atánquez, más dada a difundir en el corazón de los niños las nociones de autoridad y respeto que las habilidades del alfabetismo. Después pasó a Valledupar para culminar su enseñanza primaria. Su madre murió cuando apenas contaba ocho años, y el señor Carrillo, como era costumbre, volvió a tomar mujer y a multiplicar la familia. Se casó tres veces y junto a otras amistades femeninas, alcanzó a tener 25 hijos. Terminada la escuela elemental, su padre lo envió al liceo Celedón de Santa Marta para cursar los estudios secundarios. Durante aquellos años se sintió atraído por las clases de humanidades, en las cuales aprendió un poco de filosofía y algo de latín. Leyó con atención la *Lógica* de Julián Restrepo Hernández y la *Metafísica* del padre Rafael María Carrasquilla, los manuales de filosofía seguidos por los profesores del Celedón.

A comienzos de 1929 se fue a la capital en busca de un cupo en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Tenía 21 años y el mundo de los estudios y de la cultura habían ganado definitivamente su ánimo. Santa Marta era intelectualmente asfixiante y las “librerías” eran sólo papelerías con cuadernos, lápices y textos de enseñanza. “Esta atmósfera apática a la cultura —recordó en una oportunidad— no podía dejar de vivirse sino fugándose de ella, y tan pronto adquirí el diploma de bachillerato, me trasladé a Bogotá”.⁵ Eran años de cambio y de grandes esperanzas en la vida política del país. La hegemonía conservadora daba sus últimos pasos y se anunciaba la República Liberal. En la Facultad de Derecho fue compañero de curso de Diego Montaña Cuéllar y allí tuvo ocasión de conocer a otros jóvenes que finalizaban o comenzaban sus estudios universitarios, como el antioqueño Gerardo Molina y el barranquillero Luis E. Nieto Arteta, muy interesados todos ellos en las ideas socialistas y en el movimiento obrero. Pero a Carrillo no le interesaba la política y menos aún la de izquierda. Era un lector callado de filosofía y de literatura española, dos inclinaciones muy lejanas de las inquietudes revolucionarias de sus compañeros de universidad.

⁴Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, *The People of Aritama* (London: Routledge & Kegan Paul, 1961).

⁵ Entrevista con R.J. Salazar Ramos publicada como introducción a sus *Escritos filosóficos*, p. 9

En la Universidad Nacional, fue alumno del presbítero José Alejandro Bermúdez, un activo representante de la generación del Centenario que había publicado unas amenas crónicas sobre la vieja Bogotá, un popular compendio de historia de Colombia, una introducción a la sociología y unas *Conferencias de filosofía del derecho*. Este fue su primer contacto con la jusfilosofía, disciplina a la cual dedicaría sus mejores esfuerzos. Pero mientras el presbítero Bermúdez desarrollaba su materia a partir de la escolástica —de los textos del jesuita Viktor Cathrein— Carrillo comenzó a interesarse por visiones más modernas provenientes de la vanguardia del pensamiento jurídico de su tiempo. En las clases de Derecho Civil se había familiarizado con los críticos franceses de la escuela de la exégesis y las editoriales españolas comenzaban a difundir los textos de los más notables filósofos del derecho del momento: Stammler, Radbruch y Kelsen.

Carrillo terminó sus estudios universitarios en 1934, pero nunca se graduó. Para ese momento la filosofía se había convertido en su demonio, y mediante una operación intelectual no lejos de la “mala fe” sartriana —pretender que algo es necesario cuando en realidad es sólo una elección personal—, le gustaba argüir que aquella decisión había sido indispensable para salvaguardarse de los peligros que acechaban su vocación. Una vez en el mercado de trabajo, enseñó latín, español y literatura en varios colegios de la capital, y filosofía en la recién creada Universidad Javeriana. Pasó por el Colegio de Ramírez, donde tuvo de alumno al poeta Fernando Charry Lara, y por el Colegio de Nariño de propiedad de las hijas del presidente José Manuel Marroquín, dirigido en aquella época por el padre Bermúdez, a quien reemplazó en las clases de filosofía a su muerte en 1938. De los ingresos de este magisterio derivó su discreto y poco exigente *modus vivendi*. “Dicta apenas las clases que le permiten vivir cómoda y sencillamente, y que le dejan tiempo necesario para sus lecturas y sus estudios”, escribió por los años cuarenta su amigo el poeta de “Piedra y Cielo” Carlos Martín.⁶

El nombre de Carrillo comenzó a conocerse a finales de la década del treinta en las páginas de *El Siglo*, el agresivo vocero del partido conservador dirigido por Laureano Gómez. En los “Lunes de El Siglo”, una columna que sostuvo con alguna regularidad a lo largo de todo el año de 1939, discutió libros, ideas y querellas culturales. Quería hablar de la actualidad filosófica, del ascenso de la fenomenología y de la caída del positivismo, del colapso de los sistemas y de la postración de los supuestos racionalistas ajenos a la voluntad y a la emoción. Aquellos artículos, que se debaten entre la reflexión y la recensión bibliográfica, entre la digresión y el pretexto *à la* Simmel, dejaban ver a un joven escritor deseoso de crear un clima de afirmación y crítica entre los lectores. “Carrillo es

⁶Carlos Martín, “Rafael Carrillo” [entrevista], *El Tiempo*, abril de 1946?

uno de los jóvenes derechistas más destacados”, escribía en marzo de 1939 el redactor de una difundida revista de la capital.⁷ Sus simpatías estaban con Ortega, Scheler, Husserl y Hartmann y sus aversiones con el legado de Comte, Spengler y Marx, de quien escribió que sólo poseía “un minimum de originalidad”.⁸ También dejaban traslucir el conservadurismo espiritual de su mirada y la rudeza de sus prejuicios. Haciendo eco de antiguas y bien enraizadas creencias, escribió que la mentalidad femenina carecía de capacidad filosófica. No conocían la facultad de la abstracción. La mujer sólo es capaz de captar las cosas evidentes, manifiestas y palmarias, la más acabada corporeidad; “llegada a la alta esfera de las ideas abstractas, se envuelve en vértigo y cae”. Además, su mente sólo alcanza a advertir fragmentos de lo real, y como la filosofía persigue la totalidad, el gran acto reflexivo le está negado a la mitad de la humanidad. “Por eso precisamente la historia no conoce un caso de mujer que haya filosofado”.⁹

Los “Lunes” mostraron a los lectores de *El Siglo* un autor enterado en asuntos de filosofía que presentaba alguna familiaridad con los antiguos y los modernos. Carrillo hablaba de los griegos y parecía conocerlos. No es fácil saber cuanto había leído de Platón y Aristóteles, pero al cotejarlo con sus compañeros de generación, Cayetano Betancur, Nieto Arteta, Vélez Sáenz y Naranjo Villegas —Danilo Cruz Vélez no aparecía todavía por aquellos lares—, sin duda tenía claro que no se podía ser filósofo si no se había arreglado cuentas con el asunto griego. De allí provenía todo, y quien lo obviara o pretendiera cubrirlo furtivamente a través de la fácil y animada literatura secundaria, dejaba ver los vacíos en cualquier momento. Nada reemplazaba el estudio de Grecia; sustituirlo por las páginas de las historias generales de la filosofía, era “como si uno se hiciera masticar la propia comida por otro”.¹⁰ Por aquel año de 1939 fue su encuentro con el joven Cruz Vélez, quien terminaba su bachillerato en Manizales y se dirigía a Bogotá para adelantar sus estudios universitarios. “Carrillo —recordó Cruz Vélez más tarde—, era ya un joven maestro que se movía en la filosofía como en su propia casa. Con él hice las primeras excursiones serias

⁷*Estampa*, Bogotá, marzo 18 de 1939, p. 8. Carrillo evitó el tema político en sus notas, pero en algunas de ellas, como la dedicada a la *Idea de la hispanidad* de M. García Morente, deja ver su velada hostilidad por las revoluciones y el ascenso de las masas en los destinos de las naciones modernas (como en el caso de la guerra civil española, la “más cruenta que ha visto en todo tiempo el área peninsular”). Ver Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, pp. 64-65 y 68.

⁸Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 39

⁹*Ibid.*, p. 37. Años después, cuando un grupo de mujeres manifestó interés en el Instituto de Filosofía y Letras bajo su dirección, cambió sus juicios al respecto. Ahora pensaba que la filosofía nada tenía que ver con los asuntos de género: era sólo un problema de “ambiente y dedicación”. Ver el reportaje concedido a *El Liberal* de Bogotá el 4 de marzo de 1946.

¹⁰Arthur Schopenhauer, *Fragmentos sobre la historia de la filosofía* (Buenos Aires: Aguilar, 1966), p. 39.

por el mundo de los libros. Además de las obras de Ortega, él conocía ya casi todos los libros importantes de filosofía salidos de las prensas españolas”.¹¹

3

Las notas de *El Siglo*, de no más de cinco cuartillas, estaban escritas en un lenguaje controlado, limpio y correcto. El afán pedagógico del autor era evidente. Cuando hablaba de los pensadores de habla española la escritura se hacía fluida y a veces juguetona, pero cuando abordaba un libro traducido la frase vacilaba, perdía naturalidad y tendía a hacerse brusca y en ocasiones torpe. Carrillo se cuidaba de los neologismos y evitaba la tradicional retórica de los aficionados a los temas filosóficos. Era evidente que quería dejar atrás la improvisación y el estilo brillante, impreciso y hueco del *dilettante*. Para él la filosofía era un pensar estricto, riguroso, guiado por una reflexión crítica siempre atenta a las flaquezas metodológicas que orientan el conocimiento de las cosas. Y cuando se sintió con más fuerzas y mayor seguridad en la escritura, superó el artículo y se aventuró por los caminos del ensayo que permite un examen más detallado de los elementos en cuestión. Este fue el caso de las 17 entregas de los “Lunes” que publicó durante la segunda mitad del año de 1939, bajo el sugestivo emblema de “Un nuevo problema filosófico”.¹²

En sus páginas examinó con algún detalle las condiciones de la reflexión filosófica en el siglo XX. Si para Kant la tarea de la filosofía se reducía a la fundamentación del conocimiento científico, para los pensadores de nuestros días incluye eso y mucho más. Ahora la filosofía se ha volcado sobre ella misma originando una filosofía de la filosofía, una ciencia autofundadora que exige de sí respuestas acerca de sí. Las ciencias de la cultura, desconocidas en el siglo XVIII, se han afirmado en los últimos años, y como la filosofía es una parte de ellas, sus cultivadores han tenido que volver la mirada sobre su propio trabajo. Siguiendo a Nicolai Hartmann, el “verdadero problematizador de la historia de la filosofía” y uno de los espíritus que “mejor representan la modernidad filosófica”, este giro ha puesto en cuestión la concepción misma de la historia de la filosofía como mero registro de las ideas que han desfilado a través del proceso de la especulación. Ahora es necesario asumir su desarrollo como el estudio de las preguntas y respuestas dadas a los grandes enigmas, esto es, como una historia de los planteos y soluciones acerca del mundo ofrecidos por los pensadores de todos los tiempos. Aquí es donde el nuevo problema filosófico —la filosofía como autorreflexión— despliega toda su energía y

¹¹J. L. Lora Peñaloza, “Diálogo con Danilo Cruz Vélez”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. xiii: 2, 1972, pp. 9-10.

¹²En la edición de los *Escritos filosóficos* de la Universidad de Santo Tomás, este largo ensayo sufrió un molesto empastelamiento. Allí sólo se registran 14 entregas, pero al cotejar sus páginas con los originales de *El Siglo*, se encuentra que la entrega No. 15 está unida a la 13 y que a la 16 y la 17 están incorporadas a la 14.

muestra sus enormes posibilidades, pues “sólo cuando la filosofía se ilumine ella misma podrá pasar a iluminar problemas que están situados fuera de sus problemas peculiares”.¹³

A comienzos de 1940 Carrillo interrumpió sus colaboraciones en *El Siglo*. Quería ahondar en temas específicos y emprender trabajos más extensos y acordes con la revista especializada. Las limitaciones de espacio en los periódicos impedían el examen detallado de los problemas y el público exigía demasiadas concesiones en la expresión y el lenguaje. Durante los años cuarenta sólo regresaría esporádicamente al diario de Laureano Gómez para reseñar un libro o trazar el perfil de un autor. Sin embargo, a principios de 1944 difundió en sus páginas las primeras secciones de un ensayo, cuyo título “La rebelión contra los sistemas”, recordaba el difundido texto de Ortega sobre las masas. Su objetivo era explorar la reacción de los pensadores contemporáneos —Husserl, Scheler y Hartmann— contra las construcciones sistemáticas al estilo de Kant, Hegel y Santo Tomás. A su juicio, lo que distingue a unos y a otros es el empleo de las intuiciones a lo largo de la indagación filosófica. Dos actitudes y dos consecuencias. Mientras que para los constructores de sistemas los actos intuitivos son considerados como recursos absolutos y puntos terminales, para los pensadores asistemáticos las intuiciones son hipótesis abiertas siempre susceptibles de modificación. Estos últimos, que cuentan con el apoyo entusiasta de Carrillo, avanzan por el camino de las aporías, de los interrogantes y las dificultades sin término, listos en todo momento a renunciar a sus hipótesis a fin de que otras ocupen su lugar. “Es preferible —escribe— la tarea reposada, paciente con que se entrega Husserl a la meditación, a la premura con que Hegel traza los planos de su construcción filosófica”. De allí el éxito de la fenomenología en las ciencias particulares, que como en el caso de Werner Heisenberg se han acercado a ella en busca de seguridad y apoyo.¹⁴

Carrillo no terminó el ensayo sobre “La rebelión”. Lo interrumpió a la altura de la cuarta entrega, cuando anunciaba el tratamiento de Hegel. En una ocasión fue interrogado acerca de los motivos de aquella decisión, a lo cual respondió: “*Habent sua fata libelli*”.¹⁵ ¡Los libros tienen su destino! Si en su estado actual y con un final todavía por averiguar se dejaba leer ¿qué razón existía para que el futuro le fuera adverso? Sin embargo, en lo que respecta a “La rebelión”, sus páginas apenas han sido estudiadas. Su contenido es confuso y a veces indigesto, las secciones no están enlazadas orgánicamente y sus temas avanzan con lentitud en medio de un estilo opaco y pesado que socava la paciencia del más esforzado y piadoso lector.

¹³Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 126.

¹⁴*Ibid.*, pp. 242 y 253-54.

¹⁵Entrevista con R. J. Salazar Ramos en *Ibid.*, p. 20.

A partir de 1944 Carrillo empezó a trabajar en una nueva temática: la filosofía del derecho. Sabemos que había tenido un temprano acercamiento a la jusfilosofía durante los años de estudiante, pero sólo ahora comenzaba a tomarla en serio. La atmósfera era por lo demás muy favorable; las nociones de norma, regla y estatuto jurídico estaban por todas partes. El presidente López Pumarejo había impulsado en 1936 una reforma constitucional, un nuevo Código Penal y una intrépida y discutida ley de tierras. En los años siguientes, el presidente Santos y su ministro de gobierno el jurista Carlos Lozano y Lozano, se habían comprometido con una reforma del Código Civil que tuvo una amplia acogida entre los civilistas de mayor lustre y las Facultades de Derecho más prestigiosas del país. Además, todos los colombianos interesados en la filosofía habían pasado por una escuela de leyes, las únicas instituciones universitarias de la época afines a las humanidades. A ello se sumaba el magisterio Occidental de Hans Kelsen, el pensador que ostentaba el marco de referencia más comprensivo y acabado para el estudio del derecho.¹⁶

En medio de este clima irrumpió en el campo jurídico con resultados inmediatos. A finales de 1944 entregó a la revista *Universidad Nacional de Colombia* un ensayo en dos partes cuyo título anunciaba una tensión socio-filosófica: “El ambiente axiológico de la teoría pura del derecho”. La primera parte estaba dedicada a exponer la teoría de los valores de Scheler y la segunda a mostrar los fines que nutren el pensamiento de Kelsen. En ellas explora los fundamentos de la axiología, la disciplina que estudia los valores, y el “ambiente” que rodea la teoría pura del derecho. Para el estudio de las contribuciones de Kelsen parte de un axioma de la sociología del saber: la teoría pura del derecho —afirma— “es una teoría determinada por la atmósfera general del tiempo en que apareció”. Y a veces extrema su sociologismo hasta llegar a decir que si él no hubiera aportado a la cultura jurídica esta teoría, otro lo habría hecho, pues los hombres son mera casualidad cuando las condiciones están maduras para el surgimiento de un hito cultural.¹⁷

El éxito del pensador austriaco en el mundo de la ciencia —señala Carrillo— reside en haber logrado una delimitación precisa, “pura”, del objeto del derecho. Antes de él los estudios jurídicos constituían un campo anegado de enfoques biológicos, psicológicos, teológicos y morales en disputa. Su empresa consistió en integrar estos énfasis en un discurso coherente y sistemático, pero sobre todo, en una labor de “depuración” de los tradicionales ingredientes político-

¹⁶Para un registro de la huella de Kelsen en nuestro medio, ver L. Villar Borda, *Kelsen en Colombia* (Bogotá: Temis, 1991).

¹⁷Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 290. Para un examen del uso que hace Carrillo de Scheler, ver J. Vélez Sáenz, *Del derecho a la filosofía* (Bogotá: Universidad Santo Tomás, 1989), pp. 182-86; y la reseña de Danilo Cruz Vélez de “El ambiente axiológico” publicada en *Universidad Nacional de Colombia*, No. 9 de 1948, p. 258.

subjetivos que impedían el desarrollo de una verdadera ciencia del derecho. Desde un principio Kelsen se propuso determinar qué es y cómo se forma el derecho, sin preguntarse cómo debería ser o cómo debería formarse. Siguiendo esta vía redujo la noción de derecho al sistema de normas que regulan la conducta recíproca de los hombres. ¿Pero de dónde provienen estas normas y qué es lo que al final le confiere validez? Ellas emanan, según Kelsen, de la “norma fundamental”, el núcleo último que sostiene la arquitectura jurídica de una sociedad. Y aquí es donde Carrillo introduce su discusión de los valores. Si el precepto jurídico se alimenta de un mandato originario que se satisface a sí mismo, que no deriva de ningún otro, este mandato no es ajeno al deber ser. La misma afirmación kelseniana de que el derecho es un orden para promover la paz, indica que el sistema de normas es un universo referido a valores. La teoría del derecho positivo no es, por lo tanto, tan neutral y “pura” como inicialmente lo pretendía su progenitor. En ella se mueven con libertad ideales que la refinada elaboración conceptual del gran jurista no logró expulsar de su marco teórico.

Con la publicación de “El ambiente axiológico”, el nombre de Carrillo comenzó a afirmarse en los medios ilustrados de la capital. Los interesados en la filosofía discutieron sus escritos y las revistas empezaron a trazar los primeros perfiles de su carrera intelectual. “Carrillo ha realizado ya una continuada labor de divulgación de la filosofía contemporánea y ha publicado estudios que lo colocan en uno de los primeros lugares de Colombia”, apuntó Nieto Arteta en una entrevista.¹⁸ Y por su parte la revista de la Universidad Nacional hizo por aquellos años una elocuente presentación de sus logros filosóficos:

Después de haber terminado sus estudios en el Liceo Celedón de Santa Marta, [Rafael Carrillo] ingresó en la Facultad Nacional de Derecho y Ciencias Políticas de Bogotá. Hizo los años reglamentarios de esta carrera, pero desde el principio le dominó más bien el estudio de la filosofía y de las letras. Después de varias lecturas literarias, se apasionó también por la filosofía y todo lo que con esta disciplina se relaciona. En los mismos años en que tomara en serio su vocación, llegaban a Bogotá por primera vez, las traducciones de las más importantes obras de la filosofía alemana en Revista de Occidente, divulgando en ellas las corrientes del pensamiento moderno. Dada la poderosa influencia de estos autores recientes, no fue casualidad que ingresara inmediatamente dentro del movimiento fenomenológico que impera en la actualidad. Reconoce en José Ortega y Gasset su iniciador en la filosofía alemana y en el filósofo argentino don Francisco Romero una amistad cada día más incitante al estudio y a la meditación filosófica.

Entre sus trabajos de filosofía pura está “Un nuevo problema filosófico”, además de un ensayo que viene publicando sobre “La rebelión de los sistemas”. También trabaja ahora en un estudio sobre “El descubrimiento de la persona en la filosofía alemana”.¹⁹

¹⁸Guillermo Payán Archer, “Habla el profesor Luis Eduardo Nieto Arteta” [entrevista], *El Liberal*, Bogotá, noviembre 12 de 1946.

¹⁹*Universidad Nacional de Colombia*, No. 1, octubre de 1944, pp. 467-68.

Ahora cumplía 38 años y estaba lleno de proyectos. Su mente no parecía conocer el reposo. Estaba en su mejor momento. Cuando los lectores apenas se iniciaban en la lectura de “El ambiente axiológico”, Carrillo entregaba a las prensas de la Universidad Nacional el anunciado estudio sobre la filosofía de la persona. En 1945 publicó cinco capítulos, en 1946 dos más y una esperanzadora nota de pie de página anunciaba que le seguirían otros en las próximas entregas de la revista del *Alma Mater*.²⁰ Este nuevo trabajo continuaba las discusiones desarrolladas en “El ambiente axiológico”, pero ahora el marco de referencia y la materia tomaban un rumbo diferente. El versátil Max Scheler seguía presente, pero ya la figura de Martin Heidegger y los enfoques del jusfilósofo Gerhart Husserl, hijo del fundador del método fenomenológico, dominaban las discusiones y el tratamiento de los temas.

Los capítulos de “La filosofía del derecho como filosofía de la persona” siguen aparentemente la lógica de un texto general de filosofía del derecho. Las primeras secciones anuncian el objeto de estudio de este campo especial de la filosofía y sus relaciones con las demás disciplinas jurídicas. A continuación el lector se encuentra con una reflexión sobre la jurisprudencia, el terreno aplicado de los juristas, para regresar nuevamente a los debates del primer capítulo y subrayar la conocida referencia del derecho a los valores. Aquí termina el ensayo, la continuación anunciada en la última entrega jamás salió a la calle y posiblemente nunca se escribió. Este era el ordenamiento formal del trabajo, pero su contenido real era otro bien distinto. Lo que en verdad quería Carrillo era exponer, con “puntos de vista originales”,²¹ el objeto de la filosofía jurídica. Para ello tomó un sinuoso rodeo socrático en pos de la “esencia” del derecho, de sus rasgos puros y universales. En el transcurso de este atajo, desecha ideas y tradiciones intelectuales, plantea preguntas y ofrece múltiples negaciones y refutaciones. Nada de lo hecho en el pasado parece satisfacer al joven jusfilósofo. Entre tanto las páginas pasan y los lectores sienten que el autor vacila y no se decide a comenzar la exposición del programa sugerido en la nota introductoria.

Pero al fin llega el capítulo V —“El derecho como resultado del estar-en-el-mundo”— y Carrillo se apropia de su tema. Nuestro autor quiere una filosofía

²⁰ *Universidad Nacional de Colombia*, No. 5, enero-marzo de 1946, p. 21. Nuevamente aquí, la edición de los *Escritos filosóficos* de Carrillo le juega una mala pasada al lector. El volumen sólo incluye los primeros cinco capítulos de la “Filosofía del derecho como filosofía de la persona”. El sexto y el séptimo fueron dejados de lado. Quien desee conocerlos, tendrá por lo tanto que volver su mirada sobre el número 5 de la revista *Universidad Nacional de Colombia* de 1946. Esta extraña obliteración no termina aquí. Los *Escritos* tampoco incluyen las útiles notas aclaratorias que preceden las entregas originales del ensayo. Estas notas registran los autores seguidos en el texto y anuncian los temas tratados en cada uno de los capítulos. Son por lo tanto una excelente guía para alcanzar una mejor inteligencia del contenido y de los objetivos que nutrían la redacción del trabajo.

²¹ *Universidad Nacional de Colombia*, No. 3, junio-agosto de 1945, p. 9.

que dé cuenta de todos los aspectos del derecho. Desea superar la teoría pura de Kelsen recluida en el ser de la norma, por un marco de referencia que no se olvide de los fines, del sentido de los preceptos. “Creemos indispensable — escribe— una reintegración de todos los temas jurídicos en una filosofía del derecho universal”, esto es, en una filosofía que responda por la ontología y la axiología jurídicas.²² Cree hallar la respuesta adecuada en la filosofía de la persona de Heidegger. Si existir es estar en el mundo circundante, junto a los demás hombres, la plena realización de la persona humana exige la presencia de una entidad que rija la conducta de los actores. Hay que buscar la forma mediante la cual cada uno actúe, no hasta donde llegue su poder, sino hasta donde no interrumpa la afirmación de los otros. Y ese modo es el derecho, “algo que el hombre hace para hacerse a sí mismo”. El derecho resulta en la mente de nuestro jusfilósofo en un intermediario entre la persona y su realización, en la condición última y sin la cual no se logra la humanidad plena. De allí, a su juicio, los valores de justicia, orden y libertad que nutren el orden jurídico de nuestro tiempo. Difícilmente se encontraría una glorificación mayor de las bondades de la ley en la cultura moderna.

4

Después de la aventura heideggeriana, Carrillo y sus amigos comenzaron a aunar esfuerzos para la normalización de los estudios filosóficos en el país. Siguiendo el ejemplo de otras naciones latinoamericanas, Argentina y México especialmente, se dieron a la tarea de fundar una publicación periódica (la Revista Colombiana de Filosofía), una asociación (la Academia Colombiana de Filosofía) y un Instituto para la enseñanza del saber reflexivo *par excellence*. Sólo este último proyecto arraigó en el medio; los dos primeros murieron al poco tiempo. Con la llegada del dinámico Gerardo Molina a la rectoría de la Universidad Nacional (1943-48), se crearon las condiciones para la institucionalización de la enseñanza de la filosofía en Colombia. Desde un comienzo el rector, un año mayor que Carrillo, se propuso cambiar la vieja estructura tripartita de los estudios superiores —medicina, ingeniería y derecho—, por una organización más laxa que diera cabida a las humanidades y a las nuevas disciplinas científicas. “Es extraño —anotó Molina en su informe rectoral de 1946— que hoy no podamos ofrecerle a un joven que quiera estudiar matemáticas puras la posibilidad de hacerlo, pues sólo encuentra las que se relacionan con la profesión de ingeniero”.²³ De este esfuerzo transformador surgieron tres institutos que a los pocos años se convirtieron en Facultades autónomas: el de Psicología Aplicada

²²Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 317.

²³Gerardo Molina, *Testimonio de un demócrata* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1991), p. 306.

adjunto a la Facultad de Medicina y los de Economía y Filosofía y Letras adscritos a la Facultad de Derecho. Al frente del primero estuvo la española “transterrada” Mercedes Rodrigo, el segundo fue dirigido por Antonio García y el tercero por Rafael Carrillo. La dirección de este último le había sido ofrecida inicialmente a Nieto Arteta, compañero de lides políticas de Molina en los años treinta, quien la rechazó por temor a perder su puesto en la Cancillería.²⁴

El Instituto de Filosofía y Letras abrió sus puertas en marzo de 1946 y a finales de 1949 egresaba la primera generación de estudiantes. La labor de Carrillo y de sus asociados alcanzó el prodigio. Formar filósofos en un medio que carecía de filósofos no era tarea fácil. Los recursos humanos de la capital eran precarios y la universidad apenas ofrecía las posibilidades de una carrera académica. Con las dificultades que cabe imaginar, Carrillo se hizo a un abigarrado grupo docente con las más diversas experiencias. Junto a su amigo Cruz Vélez se encargó de la enseñanza del legado griego y de las introducciones a la filosofía. Nieto Arteta y Cayetano Betancur enseñaron lógica, Naranjo Villegas ética y el austriaco Victor Frankl epistemología. Para los cursos de ciencias se contó con el médico Andrés Soriano Lleras y los ingenieros Belisario Ruiz Wilches y Eduardo Gamba Escallón. El latín y el griego fueron atendidos por el suizo Louis V. Ghisletti, el francés André G. Pinson y los colombianos Julián Motta Salas y Eduardo Amaya Valencia. El jamaiquino Howard Rochester dio clases de literatura inglesa y Jaime Jaramillo Uribe atendió las cátedras de sociología e historia de la pedagogía. El español José de Recaséns y el alemán Rudolf Hommes cubrieron los temas de historia antigua y moderna, y el profesor Rudolf Wilhelm, antiguo rector de un Gimnasio de Baviera, enseñó alemán por varios años. A ellos se unieron el polonés Casimiro Eiger con cursos de literatura francesa, el español Pedro Urbano González de la Calle con clases de literatura latina y el colombiano Jaime Vélez Sáenz, ahora portador de un doctorado en filosofía de la Universidad de Notre Dame (USA), con seminarios de filosofía moderna.²⁵

Desde un comienzo el Instituto contó con el entusiasmo y el respaldo de las directivas universitarias. Por fin el país contaba con un centro para “los estudios no utilitarios” que equilibrara la “malsana inclinación al profesionalismo”.²⁶ El objetivo era formar personas cultas que conocieran las ideas de su tiempo y las del pasado a fin de alcanzar una representación acabada de la experiencia del

²⁴Ver Gonzalo Cataño, “Luis E. Nieto Arteta: filosofía y docencia universitaria”, en *Gaceta Colcultura*, Nos. 12-13, Bogotá, julio-agosto de 1977, p. 60.

²⁵Para mayor información sobre los primeros años del Instituto, ver la sección a cargo de Daniel Ceballos -alumno de la primera promoción- en el libro de Ingrid Müller de Ceballos, *La lucha por la cultura* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 1992), vol. I, pp. 152-58. Allí se encuentra el *pensum* y los títulos de algunos libros de filosofía que circulaban entre profesores y estudiantes.

²⁶Gerardo Molina, *op. cit.*, p. 305.

hombre. Si la física suministraba la imagen material del mundo, la biología su vida orgánica, la historia el proceso de la especie humana y la sociología la estructura y el funcionamiento de la vida social, la filosofía tenía a su cargo “el plano del universo”.²⁷ Este era el brío que animaba al grupo que se había dado a la tarea de formar los primeros filósofos colombianos. Pero las dificultades no se hicieron esperar. Con la llegada de Ospina Pérez al poder y la agudización de las tensiones políticas que siguieron al 9 de abril de 1948, los grupos más radicales del partido conservador dirigidos por Laureano Gómez y sus hijos Alvaro y Enrique, emprendieron una campaña contra las reformas de Molina. *El Siglo* —el órgano que “ha venido luchando por la *depuración* de la Universidad y por la *extirpación* del comunismo en Colombia”²⁸—, inició una feroz batalla contra el Instituto, atacando sin piedad a los profesores y a su director. Carrillo nunca se había involucrado en política y ahora se veía asediado por ella. Era una apaciguada mente de derecha, un conservador por temperamento, de aquellos que piensan que la función de los gobernantes es establecer y mantener el orden en la sociedad para que los demás, la mayoría, puedan consagrarse a sus labores cotidianas sin tropiezos. Sus antiguos amigos de la casa Gómez no le perdonaban su participación en la modernización de la universidad bajo la rectoría “comunista” de Gerardo Molina. Con sorpresa advertía que el periódico que había divulgado sus primeros trabajos filosóficos, lo tildaba ahora de marxista y corruptor de la conciencia de los jóvenes. Así, una mañana de 1949, cuando transcurría el cuarto año del Instituto, se halló con una colérica embestida en la primera página de *El siglo*:

Una violenta campaña anticatólica, orientada y dirigida por decanos y profesores de las Facultades se ha venido adelantando en la Universidad Nacional... Profesores comunistas orientan y dirigen la enseñanza; atacan en forma inmisericorde a todo aquel que trate de enfrentarseles; la cátedra libre tan traída y llevada por el partido liberal es un mito; la educación confesional izquierdista es una realidad; y la persecución al estudiantado conservador y católico es permanente y continua.

Desde el arribo de Gerardo Molina a la rectoría de la Universidad Nacional, se inició una era de corrupción y de desmoralización del estudiantado. Profesores de reconocidas ideas comunistas, tales como Antonio García, Nieto Arteta, [Carlos] Restrepo Piedrahita, Francisco Socarrás, Carlos H. Pareja, Andrés Soriano Lleras, Diego Montaña Cuéllar, Danilo Cruz Vélez, Juan Francisco Mújica, *Rafael Carrillo* y otros muchos más, orientan la educación de la Universidad dentro de un estricto dogma izquierdo-marxista, haciendo de la

²⁷Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, pp. 220-21. En la selección del profesorado, Carrillo había puesto especial cuidado en que los docentes tuvieran una buena cultura general. Este sería, afirmó, “el modo de hacer que los estudiantes sean incitados a la investigación individual y a la voracidad por allegar conocimientos. Es decir, por la formación de una *cultura completa*”. Ver el reportaje de *El Liberal* del 4 de marzo de 1946 (los énfasis son nuestros).

²⁸ *El Siglo*, agosto 2 de 1949, pp. 1 y 8 (los énfasis son nuestros).

libertad de cátedra una mentira y dirigiendo de una manera demagógica y convirtiéndola en tribunas de la más vulgar propaganda política.²⁹

Este asedio se habría de agudizar aún más en 1950 con la llegada de Laureano Gómez a la Presidencia. Nieto Arteta sería destituido de su puesto en la Cancillería; la Escuela Normal Superior, de la cual el Instituto había tomado algunos profesores, fue clausurada, y las directivas de la Universidad Nacional sufrieron una callada y persistente “depuración”. El Instituto perdió el fervor inicial y a comienzos de 1952 uno de sus mejores colaboradores, Danilo Cruz Vélez, se fue a Europa a completar su formación filosófica.

5

Una vez publicados los primeros capítulos de la “Filosofía del derecho como filosofía de la persona”, Carrillo escribió muy poco, casi nada: el discurso de apertura del Instituto y unas cuantas recensiones bibliográficas. ¡Nada más! En 1947 reunió las dos entregas de “El ambiente axiológico” en un pequeño volumen de 92 páginas y allí terminó su labor de escritor. Su pluma se secó para siempre; una maldición de los dioses parecía haber extraído de su mente todo el capital filosófico acumulado en los años anteriores. ¿Las tareas docentes y las demandas administrativas del Instituto lo alejaron definitivamente de la escritura? Tenía 40 años y la esquivia providencia habría de concederle otros 49. ¡Medio siglo de vida ajena a la escritura y a la controversia filosófica! Algunos podrían pensar que si hubiera muerto por aquella época su fama hubiera sido mayor. En los largos años por venir su actividad se limitará a la publicación oral en el salón de clase y al andar y ver por las librerías y cafés bogotanos.

²⁹ *El Siglo*, julio 28 de 1949, pp. 1 y 2 (el énfasis es nuestro). Esta tensión externa encontró eco en un conflicto interno asociado con el “caso Frankl”. Victor Frankl, un profesor de origen vienés radicado en el Paraguay—donde enseñaba historia de la filosofía—había manifestado interés en trabajar en Colombia. Dada la carencia de profesores con formación filosófica, las directivas de la Universidad Nacional hicieron los arreglos necesarios para que Frankl se trasladara a Bogotá. Era la oportunidad de contar con un docente europeo que atendiera los cursos de filosofía alemana, la tradición que Carrillo quería afirmar en el Instituto. Pero al cabo de los años el nuevo profesor resultó un fiasco. El austriaco no estaba interesado en Kant, Hegel o Husserl, sino en la “hispanidad” y en la tradición tomista de la cultura latinoamericana, temas que desarrolló en su libro *Espíritu y camino de Hispanoamérica* (Bogotá, 1953). Parece que en 1949 no se quiso renovar su contrato y los estudiantes se dividieron entre carrillistas y franklistas. En medio de este conflicto, el caballero de Viena estrechó relaciones con *El Siglo* y alimentó una campaña contra la dirección del Instituto, encarnada en “los comunistas Rafael Carrillo y Danilo Cruz”. Frankl salió airoso de aquel litigio y fue una figura muy considerada durante los gobiernos de Gómez y de Rojas Pinilla. “Fue un personaje realmente nocivo—recordó años después Jaime Vélez Sáenz—. Quiso ser una especie de filósofo de la dictadura, algo así como un Platón respecto a Dionisios”. Ver J. Vélez Sáenz, *op. cit.*, p. 21. Sobre el pensamiento de Frankl, ver R. Sierra Mejía, *Ensayos filosóficos* (Bogotá: Colcultura, 1978), pp. 106-07.

¿Qué ocurrió? ¿Presintió que todo lo escrito carecía de sentido? ¿Que el “nuevo problema filosófico” no era tan nuevo ni tan problemático? ¿Que la “rebelión contra los sistemas” era un asunto pasajero en el pensamiento Occidental? ¿Que la crítica a Kelsen era una falacia? ¿Que la filosofía de la persona nada tenía que ver con el derecho? Los especialistas tendrán, sin duda, que volver sobre estos interrogantes para sugerir las respuestas más adecuadas. Se debe apuntar aquí, sin embargo, que sus mejores trabajos exhiben un espíritu filosófico realmente ejemplar. Carrillo no es allí un exégeta ni un historiador de la filosofía. No está interesado en la exposición de ideas ajenas o en la presentación de una u otra tradición de pensamiento. Sus ensayos más representativos formulan un problema y plantean una solución; delimitan un asunto, estudian sus elementos constitutivos y exploran los tratamientos ofrecidos por otros pensadores. En medio de esta labor interroga, arguye y compara. Su labor se ve facilitada porque siempre parte de un marco de referencia que le permite organizar el mundo infinito de lo real. Unas veces es la teoría de los valores de Scheler y otras la teoría de la persona de Heidegger. Sabe que definir adecuadamente un problema es anunciar la manera de resolverlo. Este es quizá su mejor legado, y a sus escritos tendrán que volver aquellos que deseen familiarizarse con una experiencia nacional del pensar teóricamente orientado.

Con la salida de Cruz Vélez, Carrillo se sintió solo y a finales de 1952 renunció a la Universidad y con sus ahorros se embarcó para Alemania, su patria filosófica. Por aquel año habían pasado por el Instituto en calidad de estudiantes regulares o en la condición de oyentes, hombres y mujeres que después descollarían en distintos campos de la cultura y del ejercicio profesional. En sus aulas habían estado los lingüistas Carlos Patiño y Luis Simbaqueba, el historiador y crítico literario Rafael Gutiérrez Girardot, el diplomático Alvaro Bonilla Aragón, el periodista Alvaro Bejarano, el matemático Jesús María Castaño, el abogado Pedro Pablo Morcillo, el poeta Francisco Zuluaga, la profesora de secundaria Rosario Gamboa y las historiadoras Isabel Sánchez y Carmen Ortega Ricaurte. A ellas se habían unido el político, periodista y Ministro del Trabajo Juan B. Fernández, el analista de asuntos educativos y Viceministro de Educación Nacional Daniel Ceballos Nieto y la profesora y traductora Angela Mejía, esposa del renombrado demógrafo Alvaro López Toro. Todos ellos y muchos más conocieron la época “heroica” del Instituto y en medio de las precariedades compartieron sus flaquezas y alegrías.

No sabemos mucho de la experiencia tudesca de Carrillo. Él tendía a cubrirla con un legendario manto de reflexión y estudio. Primero fue, por supuesto, la lucha con el idioma, que había empezado a estudiar en Bogotá con migrantes alemanes. “Aquí como allá —le escribió a Jaime Jaramillo Uribe— hay que estudiar el alemán noche y día si se le quiere aprender”. Al comienzo se radicó en Basilea, pero al cabo de un semestre la halló costosa y poco “filosófica”. “En

Basel la vida es muy cara y se habla un alemán malísimo. Hasta profesores de fama internacional como Karl Barth hablan dialecto en la cátedra. Y sobre todo, la Facultad de Filosofía no es muy buena. El único profesor que vale la pena oír es Jaspers. Pero únicamente porque es una personalidad interesantísima. Sus conferencias son bastante flojas. Parece que está completamente agotado o desanimado por el ambiente mediocre de Suiza”. Este era el balance de la Basilea de Carrillo que Cruz Vélez le hacía a Jaramillo Uribe en agosto de 1953. Después de un semestre, el antiguo director del Instituto empacó sus cosas, atravesó el Rin y se asentó en Heidelberg, donde permaneció hasta su regreso al país en enero de 1959.

En Alemania Carrillo nunca fue un estudiante regular, ni se sometió a la disciplina de Cruz Vélez en la vecina Friburgo, donde Heidegger acababa de reanudar sus actividades docentes.³⁰ Con liberalidad se inscribió en varios cursos, pero en ninguno de ellos participó activamente. Asistía a las exposiciones de los profesores, tomaba algunos apuntes y escuchaba los debates, pero nunca intervino ni entregó informes escritos a los maestros. Ahora cumplía 46 años, una edad poco propicia para los trajines escolares. En el invierno de 1953 se sintió atraído por un seminario de Hans Gadamer sobre Platón, por uno de Karl Löwith sobre la filosofía del derecho de Hegel y por un tercero de Walter Schülz sobre Kierkegaard y Nietzsche.³¹ Pero también le seducía otro de Josef Brecht sobre la metafísica heideggeriana y uno más de Kurt Rossmann sobre Kant. No sabemos cual de estos cursos siguió con alguna regularidad, quizá ninguno. A pesar de este marcado desgano, en Colombia hablaba con orgullo de las conferencias de ética e historia de la filosofía de Karl Jaspers en Basilea, a quien a veces llamaba “mi profesor”, y de las charlas de Alfred Weber, el octogenario de Heidelberg, sobre el destino del hombre. El hecho real, sin embargo, es que aparte de su preceptora de alemán, Carrillo *no* fue discípulo de ningún profesor en Europa. Nunca siguió las orientaciones de un maestro ni sometió su aprendizaje a evaluación alguna. Como el *flâneur* de los franceses —el paseante sin prisa que se abandona a las impresiones del momento—, observaba, escuchaba y consignaba en su interior las más diversas impresiones que provenían del medio, pero allí, como en el pasado, fue siempre un autodidacta. Visitaba las librerías, leía en los cafés, enriquecía su alemán y observaba el fluir cotidiano de los modos de vida germanos que circundaban su vagabundeo heidelbergero. Alquiló un cuarto en una modesta casa de familia del centro de la ciudad, y como en Bogotá, vivía en la más rigurosa austeridad. “*Sehr primitiv, sehr*

³⁰ Ver J. L. Lora Peñalosa, “Diálogo con Danilo Cruz Vélez”, pp. 13-14.

³¹ Durante los años sesenta la revista *Eco* difundió dos trabajos de Schülz, uno sobre Hegel y otro acerca de la razón y la libertad en Fichte. La traducción de este último se debe a Carrillo.

primitiv”, muy primitivo, muy primitivo, exclamó Frau Kisker, su profesora de alemán, al conocer por primera vez su domicilio.

Pero contra lo esperado y nunca soñado en la lejana Colombia, Alemania le ofreció una sorpresa que marcaría el resto su vida. Allí conoció el amor. En su residencia intimó con Edith Clemens, una joven “viuda” de 30 años. Su esposo había ido al frente Oriental y jamás se había tenido noticia de su suerte. De este encuentro nació su hijo Rafael, la fuente de todas sus alegrías en los años por venir. El niño creció y parecía llenar el corazón del padre. “Estuve varios días en Heidelberg con Carrillo y familia —le escribió Cruz Vélez a Jaramillo Uribe en 1956—. El chico es muy simpático, el vivo retrato del padre”. Pero las palmas no duraron sin embargo mucho tiempo. A los pocos años el esposo de Edith resucitó y se asentó en sus antiguos pagos. Carrillo debió salir, y como el intelectual de Karl Mannheim, regresó a su estado inicial, esto es, a una existencia “desvinculada”, libre, flotante, sin ataduras.

Los viajes europeos de Carrillo fueron pocos. Cuando estuvo en Basilea visitó Lucerna y con Cruz Vélez conoció algunos pueblos de la Selva Negra. Con el paso de los años peregrinó por las ciudades del Rin cercanas a Heidelberg y en una ocasión viajó hasta Colonia pasando por Maguncia. En 1955 fue a Italia y aunque no conocemos su ruta, sabemos que estuvo en Roma. Conoció bien la aldea Mannheim donde hacía amistades y compraba sonrisas femeninas. Su Europa espiritual no era grande; apenas superaba las fronteras de la amada Alemania. Entre tanto la rutina de Heidelberg agotó las novedades y el llamado de la tierra se hizo cada vez más fuerte. Además, los recursos comenzaron a escasear y si bien los ahorros eran buenos, no había que abusar de ellos. Llegó 1958 y con él un atractivo ofrecimiento de la Universidad Nacional para retornar al país. La oferta incluía el pasaje de regreso y el nombramiento de profesor de tiempo completo. Su amigo Mario Laserna, que había pasado por Heidelberg, era ahora el rector, y Jaime Jaramillo Uribe, uno de sus corresponsales más officiosos, ocupaba la estratégica Secretaría General del *Alma Mater*. Al momento organizó sus maletas y a comienzos de 1959 salió de Alemania vía Génova, donde tomó el barco que lo llevaría a Barranquilla. Cruz Vélez haría otro tanto. Había recibido una halagadora invitación de la Universidad de los Andes para asumir las cátedras de filosofía en su Departamento de Humanidades.

6

Después de seis años europeos —germanos más bien— Carrillo regresó a Colombia cargado de libros en alemán. Retornó a su antiguo Instituto, transformado ahora en Facultad de Filosofía y Letras. No traía consigo muchas novedades ni un proyecto intelectual claro. En Alemania había sido un observador pasivo de la filosofía y de las controversias intelectuales. Al comienzo ofreció cursos de filosofía griega y después abordó algunos hitos del período moderno: algo de

Descartes, un poco de Kant y de Hegel y años más adelante Husserl y la fenomenología. Su método de enseñanza era simple y nada estimulante. Entraba al salón, abría el texto objeto de estudio, leía un pasaje, lo comentaba y a veces sugería preguntas. Era una exégesis quieta, sin brío, pero sobre todo, una lectura ajena a la investigación personal. No era el comentario de Carrillo, sino la suma de las glosas e interpretaciones ofrecidas por la literatura secundaria. Además, lo insinuado en clase no estaba respaldado en publicaciones o en debates con la comunidad filosófica. Ahora se comportaba como un docente de la enseñanza secundaria; apenas difundía el conocimiento establecido. Era un profesor de historia de la filosofía, no de planteos filosóficos. Aquel preguntar permanente e inacabado —la filosofía como fuente de problemas— había quedado atrás en los lejanos años cuarenta. Ello hizo que no tuviera discípulos de la misma manera que no había sido discípulo de ninguna figura europea. Los jóvenes tomaban año tras año sus cursos para llenar las exigencias formales del *pensum* y no para seguir sus orientaciones ni ampliar sus investigaciones.

A todo esto contribuyó el nuevo clima de la filosofía en Colombia. A su llegada otras tradiciones de pensamiento, escuelas y doctrinas habían ganado la atención de los estudiantes y de los profesores más jóvenes. La filosofía francesa con Sartre y Merleau-Ponty a la cabeza, se estudiaba con gran curiosidad. A ello se sumó la irrupción del marxismo en el escenario académico durante los años sesenta y setenta. A continuación vino la Escuela de Francfort y la Filosofía Analítica, versiones todas muy ajenas a los intereses de Carrillo. Después llegó la filosofía de la ciencia, ese heterogéneo campo que los filósofos compartieron con los matemáticos, los sociólogos y los historiadores. Esta “moda” cedió su preeminencia ante la irrupción de la ética y la filosofía política, los énfasis filosóficos *fin-de-siècle*. Frente a estas corrientes Carrillo se sintió perdido. El marxismo le era francamente adverso, y a pesar de su temprano interés por el conocimiento científico, nunca tuvo el coraje necesario para estudiar los epistemólogos de la segunda mitad del siglo XX. Scheler, Cassirer y Ortega estaban demasiado arraigados en su mente como para cambiarlos por Popper, Kuhn y Lakatos. Compró los libros de todos ellos, pero hacerlos suyos a través de lecturas sistemáticas era un asunto bien distinto. Ello hizo que se marginara y se refugiara en sí mismo y optara por la plácida ociosidad de los cafés bogotanos. Nunca tuvo problemas con los estudiantes a quienes siempre trató con la atención y benevolencia sugeridas por los textos de pedagogía. Por su parte, los alumnos lo respetaban. En su amable y lejano profesor —que se gastaba cierta majestad— veían al representante de la época heroica de la filosofía que además se había atrevido a hacer el temerario peregrinaje alemán.

A comienzos de la década del sesenta encontró, sin embargo, un nicho intelectual en la revista *Eco* patrocinada por el gran librero bogotano de Berlín, Karl Buchholz. Allí volvió sobre la escritura en forma indirecta. Durante el

decenio de los sesenta, los más germanos de *Eco*, publicó no menos de 30 traducciones de ensayistas de lengua alemana sobre filosofía, ciencia, sociología y literatura. Llevó al castellano trabajos de su “profesor” Schülz, de Cassirer, Werner Jaeger, Paul Tillich, Arnold Gehelen, Max Born, Werner Heisenberg, Erwin Schrödinger, Max von Laue, Gottfried Benn, y algo extraño, de Lukács. Pero al llegar el año de 1966 abandonó el oficio de traductor. Consideró que era una actividad lesiva para el pensamiento y la escritura autónomas; una labor que perjudicaba el estilo y subyugaba la meditación independiente. Pero pasaron los años y nunca sacó un ensayo o una reseña bibliográfica en las ulteriores salidas de la revista del señor Buchholz. Aquel silencio, que con el tiempo se haría definitivo, no impidió sin embargo que los editores de *Eco* continuaran registrando con singular generosidad el nombre de Rafael Carrillo en su cuerpo de redacción —y esto por casi veinte años, hasta junio de 1984 cuando salió a la calle el último número de la “revista de la cultura de Occidente”. Al ser interrogado sobre aquella reticencia, respondía que era sólo asunto de tiempo, que su mesa de trabajo estaba llena de papeles, borradores y numerosos apuntes que sólo esperaban el momento adecuado para el necesario pulimento. Pero de hecho nada de esto existía, era un autoengaño más en su vida. Sabía bien que su obra y su contribución a la institucionalización de la filosofía en Colombia eran cosas del pasado, pues como él mismo se encargó de subrayarlo en una entrevista, “donde se aleja la pasión se instala la apatía”.³²

No obstante esta molición, sintió una gran alegría al saber que la Universidad Santo Tomás quería editar sus trabajos en un tomo de su Biblioteca Colombiana de Filosofía. Con empeño se dió a la tarea de revisar las ajadas páginas de *El Siglo* y de las revistas de los años cuarenta para reunir el material que dio lugar a sus *Escritos filosóficos*. El volumen salió a la calle en julio de 1986, un mes antes de cumplir los 79 años. A todos sus amigos, parientes y allegados regaló ejemplares con amables dedicatorias. Sabía que el libro era la confirmación última de su participación en la creación de una tradición filosófica en el país, hecho que muchos jóvenes desconocían y que los más viejos tendían a olvidar.

A su regreso de Alemania, Carrillo volvió sobre su antiguo modo de vida. Rentó un apartamento barato y comenzó a llenarlo nuevamente de libros. Europa no había hecho mella en sus usos y costumbres. Continuó con sus amores alquilados, con sus gastos de escasez y con sus votos de pobreza. Multiplicó los ahorros y con ellos viajó a Heidelberg en varias ocasiones para observar los progresos de la familia alemana. Entre tanto pasaron los años y su salud era invulnerable. Llegó a los setenta sin limitaciones y se acercó a los ochenta sin dificultades. Sus compañeros de generación más jóvenes que le habían ayudado en el Instituto, fueron desapareciendo. En 1956 se suicidó Nieto Arteta, en 1982 murió Cayetano Betancur, en 1990 Jaime Vélez Sáenz y dos años después Abel

³² Entrevista con R. J. Salazar Ramos, p. 14.

Naranjo Villegas. Nada parecía turbarlo y al momento que se sentía “indispuesto” consultaba al boticario. Y no obstante su interés por la ciencia, sólo tocaba las puertas del cuerpo médico cuando la medicina informal se daba por vencida.

Al sentir los 86 años, consideró pertinente hacer un último viaje a Heidelberg. Quería ver a su hijo, a Edith, al Neckar y repasar las nostalgias de los años cincuenta. Estuvo con los Clemens todo el verano de 1993 y una vez pronunciados los obligados adioses, regresó al país para encontrar que su empuje no era ya el mismo. Ahora la edad se le había venido encima. Apenas podía caminar y los médicos lo encontraron débil y temieron por su corazón. Su hijo Rafael vino de Europa por unos días y quiso ordenar sus papeles y tomar noticia de sus cuentas. Pero con sorpresa encontró que los ahorros del padre no existían por parte alguna. Una joven que lo frecuentaba desde hacía varios años se había alzado con las trabajadas reservas del fundador del Instituto de Filosofía y Letras. En 1995 tuvo una nueva recaída y conoció el hospital, y después de una fugaz mejoría, los familiares de su natal Atánquez lo llevaron a Valledupar en busca de un clima más amable. Allí murió plácidamente en la mañana del 17 de julio de 1996. “Parecía inmortal”, apuntó una profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional.